

LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: JUAN 3,14-21



Domingo cuarto de Cuaresma

"Llegó a leer en un crucifijo que allí estaba el título que se pone sobre la cruz, y súbitamente, en leyéndole, la mudó toda el Señor... Le pareció había venido una luz a su alma para entender la verdad, como si en una pieza oscura entrara el sol; y con esta luz puso los ojos en el Señor" (Fundaciones 22,5.6).

Tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna. Nuestra oración es una mirada a Jesús con la música y belleza de la fe resonando en los adentros. Tantas veces cabizbajos, con el lamento tan a flor de labios, levantamos hacia Él nuestra mirada, para mirarlo elevado como un manantial inagotable de vida y entrar por su puerta siempre abierta. El Espíritu nos abre los ojos a la experiencia de gracia que tenemos delante, nos abre el corazón para acoger la salvación que Jesús ofrece. Jesús crucificado manda señales de amor, en Él se abre camino la vida vencedora de la muerte, se asoma la alegría ahuyentando toda tristeza. *Tus brazos abiertos abrazan mi vida. Así me quedo, abrazado/a por Ti.*

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único. Dios no tiene más. No se guarda nada. Lo entrega todo. Su misericordia es un derroche. No se cansa de estar a nuestro lado a pesar de ser como somos. En la cruz leemos su amor por nosotros, el amor en su forma más radical. En la entrega crucificada del Hijo, el Padre nos ama con locura, nos envuelve con su inagotable ternura. Solo su amor es digno de fe. La mejor respuesta a su entrega es ese callado amor que bulle en la interioridad o esa alegría que recogemos de su fuente. *Padre, creo en tu amor. Jesús, acojo tu amor. Espíritu Santo, recrea el amor en mi corazón.*

El que cree en él, no será condenado. El ser humano, con sus interrogantes a cuestas, buscador inquieto de lo que salva y hace felices, se sorprende al ser buscado y encontrado por el que viene a salvar, no a condenar. La fe es la alegría, la respuesta vital al amor entregado de Jesús, es tomar la decisión de estar con Jesús, para vivir con Él. Los orantes se fortalecen creyendo; del encuentro con Jesús les hace una vida marcada por el amor. *Creo en ti, Señor Jesús. En Ti veo la alegría del amor, el triunfo de la vida sobre la muerte, la respuesta colmada a mis preguntas.*

El que realiza la verdad se acerca a la luz. Todo el que se enfrenta a su vivir diario desde una actitud de honestidad y verdad interior, se acerca a la luz. La verdad se recibe como don, pero se hace día a día. La belleza de la fe convierte a cada creyente en un icono de luz. Con su estilo de vivir, los orantes están llamados a hacer resplandecer la verdad de Jesús en medio de las gentes. Con su manera de vivir al estilo de Jesús, los orantes son testigos de la alegría. *Ven, Espíritu Santo, hazme amigo/a de la verdad, del camino y de la vida de Jesús.*

CIPE – marzo 2012



Cipecar

www.cipecar.org